BALADÍ

Nº 25



BALADÍ
NÚMERO 25. SEPTIEMBRE/OCTUBRE 2025

UNIVERSIDAD PARA MAYORES
baladi.um@ucm.es

COLABORADORES

Ramón Alcarria, José Luis Amo, Mª Teresa Ayllón, Lola Azcona, Rosa María Berlanga, Léa Castaños, Paloma Esteban, Pilar Gálvez, Maribel Gavilán, Pablo González, Diego Jiménez, Yolanda Jiménez, José Antonio López, María de los Ángeles Lucea, Jaime Madirolas, Manuel Megia, Luz Modroño, Ana Ortega, Juan Carlos Polo, Sergio Real, Brunhilde Román, Gerardo Romero, Águeda Rubio, Sergia Sánchez, Ferando Sánchez-Beato, Koldo Uria, Montse Zayas.

CONSEJO EDITORIAL

Dirección: Leire Abadías Ibáñez
Subdirección: Diego Jiménez Avendaño

UNIVERSIDAD PARA MAYORES
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

ENTRE LA MEMORIA Y LA VOZ

«El verdadero lugar de nacimiento es aquel donde por primera vez se tiene una mirada inteligente sobre uno mismo» (Marguerite Yourcenar)

Cada número de *Baladí* es, en cierto modo, un punto de encuentro: entre las voces que se expresan y las miradas que las acogen, entre la memoria y el presente que seguimos construyendo juntos. Quizá eso sea también esta revista: un espacio donde aprendemos a mirarnos con lucidez, curiosidad y afecto.

En esta nueva entrega, *Baladí* abre sus páginas con un escrito muy especial de Pablo González Calvo a su abuela Amparo Asenjo España, antigua alumna de la Universidad para Mayores. Nos ofrece un texto lleno de ternura y gratitud que inaugura este número y nos recuerda la huella profunda que dejan las personas que viven con pasión por el conocimiento y la cultura.

Las secciones *Voces Propias* y *Páginas Compartidas* continúan consolidándose como los pilares de nuestro proyecto: un espacio para la creación literaria, la reflexión y el intercambio de ideas. A través de cada colaboración, seguimos tejiendo una comunidad que crece con cada aportación, con cada palabra compartida.

A todos los que participáis, leéis o acompañáis este camino, gracias por hacerlo posible. Porque *Baladí* se escribe siempre entre muchos –y en ese plural está su fuerza y su sentido–.

Leire Abadías y Diego Jiménez

Consejo Editorial



ÍNDICE

UNIVERSITARIA CON 68 AÑOS,
PABLO GONZÁLEZ p. 05

VOCES PROPIAS

POESÍA p. 07
NARRATIVA p. 17
REFLEXIÓN p. 25

PÁGINAS COMPARTIDAS

EPISTOLARIO p. 34

Pablo González Calvo

Nieto de Amparo Asenjo España



UNIVERSITARIA CON 68 AÑOS

2 de octubre de 2006, Madrid. La fachada naranja de la Facultad de Geografía e Historia de la Complutense saluda a su nueva alumna: Amparo Asenjo España. Tan ilusionada como una adolescente de primero, pero algo más entrada en años, camina hacia el edificio. Hoy, con 68 años de edad, es su primer día de universidad.

La Universidad para Mayores es una iniciativa que la Universidad Complutense de Madrid ofrece desde 1999. Con el aumento de las expectativas de vida y la reconversión del mundo laboral, apareció a finales del siglo XX en España un gran sector poblacional laboralmente inactivo y aún en perfecto uso de sus capacidades. Ante este reto, la Complutense empezó a brindar a estas personas una oportunidad de asistir a la universidad a través de un programa específico para ellas. Una oportunidad que, como a Amparo, les fue negada en su momento.

—En Ifni no había bachillerato, así que tenían que ir a Canarias para estudiarlo —dice Rosa González Asenjo, la hija mayor de Amparo—. Sus hermanos sí fueron, pero su padre les dijo: «Las chicas no van a Canarias». Y eso se le quedó clavado en el alma.

Habiendo recibido solamente la educación básica obligatoria, Amparo se casó el 27 de septiembre de 1961, con 23 años. Pronto dedicó su vida a su marido y a sus hijos, pero siempre fue una mujer inquieta.

—Ella era muy culta —responde Luis González Hidalgo, viudo de Amparo—. Siempre leyó mucho, y leyendo libros se coge cultura, no hace falta ir a la universidad.

Tanto leyó que no pudo evitar escribir un libro con sus palabras. Y así, en 1989, bajo la editorial Los Libros de Doña Berta, salió a la venta *En mi casa guiso yo*, un libro de recetas de cocina que le acompañaron a lo largo de su vida.

Cuenta Ana González Asenjo, hija tercera de Luis y Amparo, que en una de las actividades de la universidad su madre fue con su clase a visitar el histórico puente de Arganda. Les hicieron un

examencillo *in situ* preguntando el nombre del río que cruzaba el puente. Todos sus compañeros contestaron que era el Manzanares. Amparo fue la única en decir que era el Jarama. Tenía razón.

Sin embargo, con casi 70 años de edad no tenía los hábitos ni las herramientas de un universitario promedio, por lo que era natural que con algunas tareas tuviera más dificultad.

—Una vez le tocó un trabajo de filosofía sobre San Agustín y la metafísica de Santo Tomás de Aquino —comparte Helena González Asenjo, segunda hija de Amparo—. Aquello fue horrorosamente difícil. La pobre no lo entendía y le ayudábamos.

Pero Amparo no se dejaba intimidar. Esto era un sueño que llevaba décadas alimentando, que había tenido que posponer años y años. Por eso, se lo tomaba muy en serio. No faltaba a ninguna clase, preguntaba, hablaba… Y aunque se apuntó sola, pronto hizo amigos.
—Me consta que el grupo de Amparo tenía mucha conexión —dice Laura Lozano, tutora de Amparo en la Universidad para Mayores desde el curso académico 2006/2007—. Tenía delegada y organizaban comidas. Si no recuerdo mal, Amparo organizó alguna comida en el Casino Militar de Madrid con sus compañeros y profesores.

De su promoción todavía hay alumnos matriculados en la Universidad para Mayores haciendo desde entonces cursos monográficos. En aquellos años no había muchos alumnos y era posible una relación más personal de los profesores con cada uno de ellos.

—Amparo dejó huella en todos —afirma Laura—. La recuerdo perfectamente y guardo con mucho cariño su libro de cocina *En mi casa guiso yo*, que ella misma me regaló.

El director de la Universidad para Mayores de la promoción de Amparo fue Marcos Roca, quien le dio clase de literatura y escribe que «era extraordinaria» y «la quería mucho». Marcos sigue dirigiendo la institución.

El 22 de junio de 2009 Amparo se graduó. Luis recuerda el día de la entrega de la orla:
—Fue una ilusión enorme para ella… disfrutó y aprendió mucho. ¡Era una persona que podría haber estudiado una carrera brillante!

Amparo murió el 31 de agosto de 2024 con 86 años. Hoy, 19 años después de su primer día de clases, cuelga en el despacho de su casa en Madrid la orla con los graduados de la Universidad para Mayores de la Complutense en el curso 2008/2009. En ella, y en especial el día de hoy, un nombre se lee con una ilusión de adolescente: Amparo Asenjo España.

02/10/2025

VOCES PROPIAS (POESÍA)

Ramón Alcarria

TÚ NUNCA SERÁS RECUERDO

/.../ Pasaré los años
yendo de los azogues a los lados
por si acaso te cansas
de ser, día tras día, tu recuerdo.
Pedro Salinas
«Adiós con variaciones»
Entretiempo romántico

Prendida al ímpetu de los veinte años,
luna en las noches azules,
cintura de la espiga mecida por el viento,
sin nombre;

mosto, calor entre los brazos,
canción que derriba el muro negro
y porta sobre las piedras los cuerpos inertes,
grito que ahuyenta la noche;

gatillo que dispara la voz
desde la trinchera oprimida,
mirada que traza el camino
para la libertad;

sabia y alegre,
canción que construye rayos de sol,
mirada que acerca el beso
adolescente;

sonrisa
en un atardecer adelantado,
calmo el paso herido
sin detener el sueño;

queda,
silencio sin tiempo,
rota, hecha esperanza
con un poema en los labios.

Rosa María Berlanga

DESDE LA VEGA

Desde la Vega del Tajo hacia el curso del Jarama,
se dirige un caballero, roja de sangre la adarga.

Es Tristán de Almuzundica, aldea de sus ancestros,
viaja maltrecho y herido, arreando su caballo, tiznado y desfallecido,
relata un hilo de voz, precozmente envejecido:

«*Soy Tristán de Almuzundica, adalid entre los míos,*
vuelvo a mi tierra soñada, por los almohades vencido,
dirijo mi corazón, blanca pluma deshilada,
para alcanzar Aranzuel y su sangre atesorada,
a la raza de mis predios, ya sea desmantelada.
A un lado duermen los muertos de Carcea de las Ranas,
el bajo imperio romano reposa bajo sus lajas.
A lo lejos en las vegas, el castillo centinela;
en el arrabal de Oreja, vigila mi retaguardia.
Perdida mi cofradía, a sus pies está mi casa,
piedra sobre piedra mansa, vaciada en el pesar
de tanta guerra intestina que mi vida desangrara.
Cruzo deslindes y apeos, los molinos y alfagemes,
buscando la dulce villa, el descanso y la esperanza,
mientras mi sangre en la vesta, fluye latente y sin pausa.
Aguas del Tajo tranquilas alimentan a la azuda y a su rueda desdentada.
¡Quiero el jardín de la isla, el estanque en que pescaba,
el murmullo de la aceña y el bosque en que caza daba.
Y la barca de la Oreja que cruza la presa y charca.
La alberca en la que pacía, la noria que la llenaba
y aquel batán de la orden que mis ropas reparara.
Vago teñido de muerte entre malditas estampas,
ni dios trueca mi relato, ni mis pies metas alcanzan.
En la vega de las ánimas, espíritus de vacceos, carpetanos y de olcadas

me rodean esta noche sin cantos de luna blanca.
Si no he de llegar a tiempo llévame, señor, al alba,
que me sirvan estas tierras como ara funeraria.
No puedo más, ya no puedo, y queda una legua larga,
entre sombras y quejidos del tañer de las campanas,
veo Aranzuel a lo lejos, nublada ya mi mirada.
Cobijo de mis añadas, ya no me dará calor, ni renacerá mi casa...»

Tristán cae arrodillado, ya casi en la vega baja,
y el Tajo lame Aranzuel, justo al lado de su casa;
de muerte escapa su aliento y envuelve toda la estancia.

No ha llegado el caballero a bañarse en sangre mansa
y el transcurso de los siglos atrae su desesperanza;
su fantasma atormentado que murió sin alabanza,
vaga por el Real Sitio, y toda su piel desollada
susurra ciegos lamentos a la gente en las terrazas…

Y, una vez más, otro día, la cola de visitantes
se arremolina, rugiente, a la entrada de la plaza.



Jardín de la Isla, Aranjuez
Fotografía de SERGIO REAL

Yolanda Jiménez
Puertas al laberinto, Eragin Ediciones

DOCUMENTACIÓN

«Todos son documento suficiente como para ir indocumentado»
Blay Bonet

Mis amigos refugiados han venido a visitarme.
Una tetera, un infernillo, vasos, hierbabuena, azúcar, té.
Todo dispuesto para compartir la preparación,
para conversar alrededor del ritual,
acompasar el tiempo del líquido caliente a la templanza,
al aroma de la hierba abierta.
Objetos cotidianos que requieren un traslado minucioso,
no por fragilidad y sí por el color de la piel.
Conversamos, les pregunto, me cuentan.
Con frecuencia son interpelados en la calle,
en los transportes, en la vida.
¿Qué llevas en la mochila? ¿A dónde vas? ¿Documentación?
Empleados de seguridad, policías, auxiliares de control.
La piel, el color, el acento, cualquier pista, todos sospechosos.
Han traído todo en una mochila de ordenador,
Una mochila discreta, gris, elegante, rígida.
Intento recordar cuántas veces me han pedido que me identifique.
Yo tengo un carnet de identidad. No me lo suelen pedir.
Tantos documentos y tantos indocumentados.
¿Somos un papel, una tarjeta, un archivo, un aspecto?
Somos los rasgos físicos, somos los privilegios, somos las diferencias.
Somos plurales y singulares.
Somos un documento
No somos nada.

Jaime Madirolas

SE APODERA

SE APODERA la aurora
de los ensueños postreros,
luciérnagas fugaces
que en la noche tintinean,
mas no me olvido de ti.
El día se abre paso
entre la niebla de otoño
que me envuelve en su frío,
añorando el calor de un abrazo
que no llega
y no me olvido de ti.
Recompongo las piezas de mi ser
para mover este cuerpo
agostado por el tiempo.
Rememoro la liturgia rutinaria
de las tardes otoñales
y alzo la vista por encima de las nubes
en busca de un porqué
a las respuestas no dichas
y aún no me he olvidado de ti.

SE ALZA EL SOL

SE ALZA EL SOL sobre sus hombros.
Es otro día que nace
como el de ayer o anteayer
y cientos de días pretéritos.
Bajo sus pies,
la tierra yerma cruje desconsolada.
El viento del sur silba en sus oídos
melodías desafinadas.
La otra orilla anhelada
no se vislumbra a lo lejos
y el agua de lluvia embarra su rostro.
En sus ojos
lloran las estrellas lágrimas de sangre.
El futuro no tiene nombre
y se hunde en el olvido.



Fotografía de JOSÉ LUIS AMO

Luz Modroño

DANA NO ES NOMBRE DE MUJER

A lomos de una nube desbocada
las horas del futuro han llegado
bajo embarradas sepulturas
en las que yacen
los que ya no podrán
contar sus historias inacabadas.
CONTAD cómo se abrió en dos
el vientre inocente.
CONTAD cómo los relojes se han roto,
decid quién ha robado sus agujas.
CONTAD cómo quedó olvidada
sobre la lumbre la última cena.
CONTAD cómo perdió la memoria
y reclama el tren del olvido.
Cómo la misericordia
no fue más que una piedra dura,
cómo los sueños se convirtieron
en un caleidoscopio amargo.
CONTAD cómo el silencio
se apoderó del pueblo.
CONTAD cómo las ratas
aprendieron a bailar el vals
con los que quedaron,
hasta que pronto no quedó quien pudiera contar.
CONTAD que las orquídeas
se convirtieron en crisantemos.

GITANO POR LAS SENDAS DE LA VIDA

Ana Ortega

Por las sendas de la vida
te fuiste cuando niño, gitano,
jugando por una frontera
a otro país sin darte cuenta.
Tú que mirabas luceros y estrellas.
Ahora mil imágenes del pasado
recorren tu mente destapando
tu universo de sangre, gitano.

Es el viento que azota
desde la barrera de algún universo,
es el viento que trae aviso oculto,
algo inconcreto,
desde un mar de algas
y de conchas del tiempo.

Que el mar se lleve
la nostalgia y la pena que aceptas,
gitano de los luceros y de las estrellas.



«Colorida infancia»
Fotografía de MARÍA DE LOS ÁNGELES LUCEA

HIPATIA DE ALEJANDRÍA

Brunhilde Román

Me acuñé como moneda extraña
en un país que no conocía
el oro de mis labios;
fui la desconocida y la descendencia de mi propia carne,
conocí las tablas de la ley
las fisuras de su luz amarga;
vi el sol hirviendo en las bocas de los niños,
leí bajo sus párpados inmóviles
el testamento de la espada,
vi las palomas volviendo del frío,
el óxido, la anteluz, la herrumbre y sus certezas,
el mismo presagio,
la cera sagrada descendiendo por muslos desnudos,
vi las estaciones de la sangre,
Alejandría y sus hijos ardiendo entre los libros.



«Yo soy Hipatia» -dije
y los cuchillos escucharon mi nombre.

«Yo soy Hipatia»
Y mis palabras se quebraron en su carne.

En pie ante las manos que traían la muerte.
En pie ante sus ojos de luz endurecida.
Entré como animal profundo en los escalones de la noche
para brotar en brazos de la lluvia.

Y estoy aquí de nuevo, Indomable, Soberana.

Soy Hipatia.

En mi mano derecha la rama dorada.
En mi mano izquierda la dignidad del mundo.

Águeda Rubio

TU CUERPO

Tu cuerpo es el causante
de que ande ciega por las esquinas.

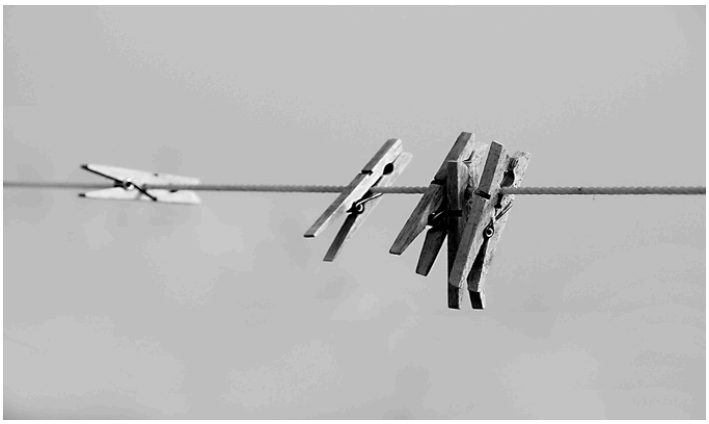
No me bastan ni tu aliento
ni tus brazos.

Es un anhelo inmenso
de tragarme tu alma
blanquecina
donde habita la esencia
de los días y las noches.

Es un deseo loco
y contundente
que martillea
donde yo no llego.



Dibujo de PILAR GÁLVEZ



Fotografía de JOSÉ LUIS AMO

NOTICIAS

Sobre la tierra
brazos, piernas,
cicatrices abiertas
que riegan los olivos,
moscas en la mirada
hambrienta de la infancia,
el futuro sin cabeza
y el vientre de las mujeres,
una piel que se arrastra.
Los hogares se desnudan
entre estallidos
vaciando las paredes de memoria,
las alcobas, los lechos,
una urdimbre de alambres retorcidos
como los que exponen
las grandes galerías.
Las avenidas, las calles,
los parques, la expresión del dolor
cuando se ataca con soberbia,
sin pudor, lo más sublime de la vida.

Sergia Sánchez

VOCES PROPIAS (NARRATIVA)

Lola Azcona

Y SE HIZO MAYOR

Aquí estoy de nuevo. Seguro que me conoceréis como Caperucita, pero ya he crecido y ahora soy: Srta. Caperucita. Mido 1,70 m de altura, tengo los ojos verdes y la melena castaña. Ya soy mayor de edad y estoy cursando estudios universitarios en la facultad de Ciencias de la Información, o sea Periodismo. Me imagino que os estáis preguntando por qué estudio esta carrera con la competencia que le hace la Inteligencia Artificial…; pues bien, tengo una misión que cumplir. ¿Os acordáis cuando os contaban todas las fechorías que hacía el lobo y que además se comía a mi abuela y a mí? Mentira, sí, sí, era mentira; alguien a quien no le gustaban los lobos quiso crearles mala fama. Lo que no os han contado es que, cuando yo entraba en el bosque, me quedaba un buen rato jugando con el lobo, me contaba historias de sus antepasados, me hacía reír con sus piruetas y la merienda que le llevaba a mi abuela había días que nos la comíamos entre los dos. Así que ahora que ya puedo decidir por mí misma; mi misión es limpiar su nombre.

Hace unos días que he comenzado las prácticas en un periódico de tirada nacional y he preguntado al director si podría escribir alguna reseña sobre lobos. El director me ha respondido que sí y que lo podía hacer en la sección que tiene el nombre «En defensa de los animales».

Dibujo de PILAR GÁLVEZ



Sentí una gran alegría y quise contárselo al lobo, que no os lo he dicho, pero se llama Anacleto. Yo no lo he vuelto a ver desde entonces. Fui al sitio del bosque donde nos veíamos y me encontré con otro lobo. Me identifiqué y pregunté por Anacleto; le dije que era una amiga y me dijo que a Anacleto, al vivir a la intemperie, el frío y la lluvia le habían hecho resentirse de los huesos y se había refugiado en una residencia para lobos. Como la residencia estaba cerca, le fui a visitar. Al principio no me reconoció, pero cuando le dije quién era, su cara resplandeció de alegría. Le conté el plan que tenía para contar la verdad de lo que sucedió y teníais que verle, lloraba de emoción y decía ¡Gracias Srta., Caperucita! ¡Aunque para mí siempre serás Caperucita! ¡Por fin se sabrá la verdad de que no soy malo y encontraré a seres humanos que me mirarán con cariño y así podré tener amigos!

Caperucita se abrazó a él.

Maribel Gavilán

MI NENA

Me anunciaron que venías cuando ya había perdido cualquier esperanza de que pudieras aparecer.

Me iluminaste con esos ojos abiertos como faros, con tu mirada atenta, brillante, parlante, que transmitía tu curiosidad, sorpresa, asombro.

Me obligaste a ponerme en forma cuando salías corriendo para saludar a cualquiera que te resultara conocido.

Me llenaste de ternura cuando me pedías que te llamara «mi nena».

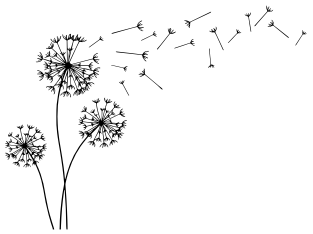
Me colmaste de fuerza y alborozo cuando escalabas desde mis pies, pasando por las rodillas hasta llegar a los hombros para después saltar al suelo.

Me has dado alegría y vida, mi nena.



Dibujo de LÉA CASTAÑOS

José Antonio López



LA PLAYA DEL TIEMPO

MAÑANA, saldrán las notas de su Trabajo Fin de Grado. Obtendrá una nota brillante, y le concederán la beca que tanto necesita. Su vida cambiará para siempre.

AYER, se encontraron de nuevo en el parque. Por fin, ella se paró y le sonrió; no necesitaron palabras, él le ofreció su mano, y pasearon por la alameda. Su vida cambiará para siempre.

LA PRÓXIMA SEMANA, le darán los resultados de esas pruebas médicas. Le espera una larga batalla, que hará que su vida cambie para siempre.

HACE UN AÑO, cesaron los gritos y los golpes; le denunció, y el miedo salió por la puerta. Desde que él se fue, su vida cambió para siempre.

EN CUATRO MESES será Navidad. Será la última que pase en casa. Será médico en Gaza, y allí no hay Navidad. Pocos lo entenderán, pero su vida cambiará para siempre.

EL MES PASADO, encontró empleo. No perderá la vivienda, y su vida cambiará para siempre.

HACE DOS AÑOS, murió su madre. Rebuscando entre sus cosas, encontró la carta. Aquel profesor, el vecino callado, fue su secreto mejor guardado. Y su padre. Pasó a tener padre y medio, y su vida cambió para siempre.

EL PRÓXIMO MES expira su permiso de residencia. Se educó en Occidente, pero volverán a embutirla en un niqab. Su vida cambiará para siempre.

HOY, iba distraído, cruzó el paso a nivel sin barrera al volver en su bici de la huerta. Décimas de segundo después lo hará a toda velocidad un tren cuyo conductor acababa de sufrir un desvanecimiento. La vida de ambos cambió para siempre.

Era un magnífico día de sol, en el que todos paseaban por la misma playa.



Fotografía de JOSÉ LUIS AMO

Fernando Sánchez-Beato

DISIDENTES AL TROTE

Yo vivía estancado en mi soliloquio, canturreando canciones que no me gustaban pero que no se iban de mi cabeza. Cada día parecía que algo estaba a punto de suceder, pero nunca pasaba nada y, mientras tanto, los sueños se acartonaban. Aquel tiempo, empeñado en encontrar respuestas, duró como una glaciación. Traté de ver a través de las palabras impresas, sin aceptar que la realidad se hace opaca en los discursos, pero yo seguía dale que dale, escarbando en mi vacío, buscando un ideal al que entregarme, algo que fuera auténtico. Solo sabía lo que no quería, y que necesitaba respuestas, una explicación a tanto desorden. Me adobaba en la idea ilusoria de inventar palabras, porque las que ya existen están contaminadas de mentira. Hasta que, de pronto, algo me llamó la atención.

Paseaba por el parque y fijé mi atención en dos individuos que ya había visto otras veces, pero que aquel día tenían un halo azul, enigmático. La pareja era desigual en edad pero parecidos en todo lo demás, larguiruchos los dos, caminando con una cadencia que los mecía. Un prodigio de sincronía al percutir el bastón contra el suelo: golpe suave ¡pum! y golpe fuerte ¡Pum! Avanzaban las derechas, recibían el peso y con apoyo del ¡pum! el cuerpo se ladeaba para facilitar el seguimiento de las izquierdas, siempre más rezagadas pero imprescindibles para recuperar el eje de la marcha ¡Pum!

Parecían ser padre e hijo y paseaban a diario, puntuales en hora y reincidentes en recorrido; los vecinos no dejábamos de admirar ese milagro de sincronía intergeneracional. Imposible no preguntarse por los demás miembros de la familia, si tenían la misma tara, y qué efecto visual produciría un grupo de personas marcando el paso con el mismo acento sincopado. Individualmente considerada, la cojera es una minusvalía, pero en grupo, se convierte en coreografía y argumento, una llamada. El enigmático ¡pum Pum! que golpeaba el suelo con ritmo jámbico, transmitía un mensaje turbio, inescrutable. ¿Podría pensarse en una protesta? ¿Un piquete llamado a denunciar sin palabras el caos del mundo, o debía considerarse mero accidente genético?

Yo no paraba de hacerme preguntas, salía de casa impaciente porque sentía la atracción oscura del fenómeno, y no tardé en observar que la pareja se convertía en grupo y luego en una muchedumbre que se desparramaba por el callejero. De pronto, aquello era un fenómeno sociológico: figuras que caminaban con precisión pendular. Cincuenta personas que, dos semanas después, ya eran mil, todos cojeando en silencio, al unísono, con una sonrisa cómplice. La policía los acompañaba a distancia, solicitando instrucciones por radio, y la prensa trataba sin éxito de obtener declaraciones.

Entonces lo decidí, me compré un bastón y me uní a ellos. No hablábamos. Sin palabras nos movíamos como ciegos, pero teníamos la vaga idea de estar expresando un malestar, la voluntad de vivir de otra manera y, sobre todo, sentíamos que éramos cada vez más fuertes. Con cojera real o fingida, nos concentrábamos en el golpe ascendente. Un fenómeno espontáneo que, con su ¡pum Pum!, provocaba ondas en el agua negra de los charcos. Los partidos especulaban sobre si éramos anti-sistema y los tertulianos hablaban de pos-anarquismo. Nos veían como una legión con palos amenazantes. Pero nosotros ni decíamos ni rompíamos nada. Cada cual se incorporaba y retiraba según sus horarios. Denunciábamos sin pronunciar palabra: la esclavitud del mercado y el dogma de la Santísima Trinidad, a Putin y a Netanyahu, a la gente guapa y la perfección de sus cuerpos anoréxicos, el rojo y el azul. La cojera era una expresión rotunda frente a las modas. El ¡pum Pum! inundaba las calles, marcha a tres pies que retumbaba en los oídos y dejaba una inquietante sensación de misterio. Por las aceras discurrían miles de sombras como el negativo de un cliché, un contrario que despreciaba ideologías y las sustituía por el latido ritmado de los bastones, una percusión que acallaba la demagogia sin enredarse en polémicas. Golpes sustantivos frente al *flatus vocis* de las hordas de portavoces. Muchos nos consideraban un simple movimiento de cojos columpiándonos en el trazado urbano, pero aquel caminar contenía algo latente que solo supe descifrar más adelante, cuando detecté los esfuerzos del *establishment* por integrarlo. La realidad de la cojera retaba a la pasividad, la lentitud a la velocidad de las redes, y el Morse de los ¡pum Pum! a la catarata de *spams*.

Los periódicos, que se habían empeñado en interpretar la ambigüedad de nuestro alegato, se dieron la razón a sí mismos: *Que ya se veía venir, que era terrorismo psicológico, que no éramos cojos auténticos*. Pero al poco, los móviles incorporaron el politono de nuestro trote, los partidos empezaron a poner cojos en sus listas electorales, y los obispos sustituyeron el báculo por el bastón. Entonces la prensa cambió la crítica por elogios, inventando etiquetas animalistas, veganas o anticapi para los ¡pum Pum!

Hasta que el movimiento acabó escindido, primero en dos confluencias: cadera y rodilla, cada una de ellas con diferentes círculos que golpeaban el bastón con otras tonalidades, y luego en facciones patrocinadas por marcas comerciales con su logo en la verticalidad del bastón.



Fotografía de JOSÉ LUIS AMO

Koldo Uria

URGENCIAS

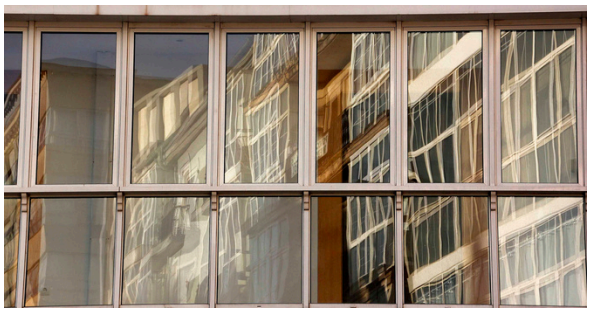
Me encontré mal por la tarde; acababa de escuchar una conferencia sobre Jorge Juan, navegante, inventor y hombre polifacético, nacido en Novelda. Me encaminé al médico.

No le conocía, me saludó al entrar y me tomó la tensión. Mientras esperaba el resultado, relató en primera persona que, años atrás, tal día como hoy, llegó a urgencias un niño atropellado; cuando intentaba hacer algo, una lágrima cayó por su mejilla derecha y murió. Me dijo que tenía la tensión un poco alta.

Cuando salía por la puerta, pensé que tal vez había dejado la primera línea por un sitio más tranquilo; me marché a la biblioteca municipal a buscar más información de Jorge Juan.

Montse Zayas

VENTANALES



Fotografía de JOSÉ LUIS AMO

Decidí que ya era hora de emprender el viaje con el que había soñado durante toda mi vida. Mi ruta soñada quería recorrerla en tren, y así lo hice.

Aquí estoy, sentada en el asiento del vagón del tren, camino a las zonas soñadas. De repente, veo un cartel indicativo que captura mi atención: «El infinito a infinitos kilómetros». La frase me atraía, me intrigaba, me subyugaba… pero, ¿no resultaba absurda? El cartel se acompañaba de una advertencia: «Debes apearte en la próxima parada: Ventanales».

Consulté y revisé el itinerario, pero el nombre de la ciudad «Ventanales» no aparecía en ningún mapa. Sin embargo, el nombre me evocaba algo profundo en mi ser. Inexplicablemente, decidí bajarme del tren, extrañándome de que ningún otro pasajero se apease.

Anduve unos cuantos metros, salí de la estación, y mis ojos descubrieron un paisaje sacado del tiempo. Había vegetación pero no la había. Aves, reptiles, insectos, mamíferos... todo tipo de animales parecían estar presentes, pero no se movían. Me asaltaba una gama de colores que no lograba reconocer, y aromas que invadían el aire e inundaban todo este espacio. Haces de luz, cuya procedencia no lograba identificar, deslumbraban y distorsionaban las formas a mi alrededor, pero creaban un ambiente relajante.

Caminé, atraída por todo lo que mis sentidos estaban captando, y a lo lejos descubrí un ventanal. Me acerqué, y tras éste se vislumbraba otro, y otro más… que me invitaban a traspasarlos. Pensé: «Es tu oportunidad, tú que buscas el infinito, podrás encontrarlo tras alguno de esos innumerables ventanales que se vislumbran».

Así que me acerqué al primer ventanal que me invitaba a pasar. Entendí que tenía que aceptar esa invitación, a pesar de que cada paso me alejase de lo conocido para acercarme a lo desconocido, al infinito: ¿era este un destino? ¿una sensación? ¿una búsqueda sin fin?

Traspasé el ventanal. El paisaje conocido desapareció: animales, vegetación, luz. Entré en lo desconocido, en lo nunca sentido.

La percepción de mis límites corporales se disolvió para pasar a formar parte de algo que no sabía nombrar, y en ese momento descubrí y supe que eso ya era el infinito, que formaba parte de él y que seguiría traspasando ventalanes infinitamente...

VOCES PROPIAS (REFLEXIÓN)

Mª Teresa Ayllón

VUELTA CICLISTA A ESPAÑA: VOLUNTAD POPULAR CONTRA EL GENOCIDIO

Este pasado domingo, 14 de septiembre 2025, debía acabar en Madrid la Vuelta Ciclista a España y, en cambio, lo que dio la vuelta fue la situación de luz de gas respecto al genocidio en Palestina. Yo estaba allí y me siento orgullosa y obligada a dar mi testimonio. Algunos no se explican qué ha pasado; es como si despertaran de un letargo. Parece que no vieron –y no informaron– que, desde octubre 2023, en España se han ido organizando agrupaciones de todo tipo por el alto el fuego en Gaza, por el fin de la ofensiva israelí sobre el pueblo desarmado, contra la venta de armas a Israel, por el fin del genocidio. Estos comités solidarios han organizado a un número importante de personas mediante plataformas virtuales, reunidos en parques, centros culturales, educativos, sindicales, municipales, centros de mayores, escuelas, universidades, centros de trabajo; hasta en la Magistratura se han agrupado jueces, juezas y letradas, letrados y, por supuesto, en las agrupaciones deportivas.



Infinidad de acciones promovidas por unos y otros grupos diversos, heterogéneos, y secundadas de manera general: recogida de firmas para exigir al gobierno que deje de vender armas a Israel, pedir a la Unión Europea que declare genocida la estrategia de Israel sobre la población palestina, solicitar a Israel que permita la entrada de medicamentos y comida para la población sobreviviente, violentamente desplazada, herida… Acciones frente a las embajadas, frente al Parlamento, en las plazas centrales de la capital y de todas las ciudades de España, recitales poéticos, conciertos, conferencias, exposiciones,… Se han editado libros que denuncian la situación real y se han recogido en todas las formas posibles la solidaridad con las víctimas del genocidio… Poco o nada salía en la prensa de fuerte impacto: imágenes parciales centradas en alguna pancarta o persona, que no permitían apreciar la voz popular, la importante protesta por la inactividad real

de las instituciones frente a la mal llamada en los medios masivos «Guerra entre Israel y Palestina».

La chispa: las 5 de Figueres

En Figueres, un pueblecito catalán –Nordeste de España– un grupo de personas contra el genocidio invadió la carretera con una pancarta y al grito de *Fuera Israel por genocida* (y otros); era *la contrarreloj por equipos* y pensaban parar solo al equipo israelí. La policía los arrastró arremetiendo con su moto a la pancarta y el equipo se vio obligado a parar. Es la Vuelta Ciclista a España un acontecimiento anual de iniciativa privada con fuertes subvenciones gubernamentales: todos los medios de prensa escrita, televisión y radio estaban presentes. En toda España –y en el extranjero– se publicitaron las incidencias. ¡Por fin! Por fin los profesionales de la información pudieron informar del clima social. Y siguieron haciéndolo, ciudad tras ciudad, pues ya la Vuelta y la voluntad popular estaban imbricadas. El 3 de septiembre, en la ciudad de Bilbao, la ciudadanía solidaria era ya multitud, pero los organizadores y las instituciones seguían sin escuchar. Rusia no participaba, condenada (desde 2022) por invadir Ucrania pero Israel, sí.

¿Violencia? ¿Derecho de los ciclistas? ¿Peligro? ¿De qué hablamos?

Mientras las convocatorias seguían multiplicándose, se preparaba la etapa final en Madrid: Convocada a las 16h la población madrileña en 4 puntos del recorrido –Callao, Cibeles, Atocha y San Antonio de la Florida– para el paso de la Vuelta que sería aproximadamente a las 19h, pese al fuerte contingente de Policía Nacional y a las vallas de contención, la población que fue llegando ininterrumpidamente presionó desde las aceras; a las 18h y algunos minutos (cuando la carrera ciclista estaba aún a 50 km de distancia de los manifestantes) en Callao, Paseo de Recoletos (Cibeles) y Atocha, se tumbaron las vallas y se arrastraron a la calzada por más que la policía intentaba impedirlo. Antes de la entrada en la ciudad, los organizadores, bajo la insistencia de la empresa de Seguridad, decidieron suspender la Etapa Final de la Vuelta Ciclista a España y no entrar en Madrid ni para recibir la Copa. Podrían haber optado por apartar al equipo problemático por la seguridad del resto; podrían haberse excluido los israelíes, podrían… Prefirieron suspender la Etapa.



Ahora, por fin hay un debate en todos los medios de prensa: ¿es lícita la violencia de cortar el paso en una calle? ¿De qué violencias hablamos y cuáles silenciamos? ¿Es violencia lo que hace mi contrincante y si lo hago yo es responsabilidad social? ¿Es el estado de Israel un estado colonial genocida? Y entonces: ¿Qué papel moral está ejerciendo la UE? ¿Y las Naciones Unidas? ¿Qué guerras se están preparando bajo este genocidio? ¿Qué medidas concretas está tomando España que vende armas a Israel?

Mientras tanto, hay una flotilla de 50 embarcaciones que se dirigen a Gaza con alimentos y medicinas. Algunas ya han sido incendiadas con drones israelíes en aguas internacionales. En agosto se organizó una caravana por tierra que se reunió en Egipto y pretendía llevar similar cargamento a Gaza: fue interceptada, detenidas o retenidas muchas de las personas integrantes. Necesitan nuestro apoyo. Son personas de muchos países, de Europa, África y América, que no quieren mirar para otro lado. ¿Vas a mirar tú para otro lado? Yo no.

La cultura nunca está al margen de la vida al igual que otras artes y los deportes. Que viva el deporte y la cultura, pero que viva **prioritariamente** la solidaridad, que es la ternura de los pueblos. ¡Frenemos el Genocidio! Urge juzgar a Netanyahu y su gobierno por los crímenes de guerra. Que se levante la UE con dignidad.



Paloma Esteban

CARTA A MIS PADRES

Madre: Hoy me llegó la noticia de tu muerte, precisamente hoy que se nubla el cielo, como afligido, después del sol que deslumbró el principio de la primavera.

¿Me recuerdas, madre? Mi nombre es Leonor. Así lo quiso mi padre. Me dio nombre de reina por honrarte, ya que fuiste reina (por él destronada) y heredera de un imperio extinguido.
Pero, *Nantli*, tú me diste otro nombre: *Itzel*, «la única» y también la primera.
Cuando yo nací tú casi eras una niña y ya habías tenido dos esposos que no te dio tiempo a conocer como mujer.
Hoy quiero recordarte para vencer al olvido: Tu pelo negro larguísimo en el que me mecías despierta, matizado por una abierta flor blanca que perfumaba toda la estancia, Y no pasaba el tiempo y todo se quedaba fuera: el ruido y la pena, el viento frío y la noche amarga…
Aunque lo niegues, fueron muchas las veces que me acunaste, Nantli, apretándome contra tu pecho. Recuerdo que me cantabas: «¡ay, *Yonali*!, ¡ay, de mi *Tonali*!»

Padre: ¿Por qué me llamaste Leonor? No era así como me llamaba mi madre.

Cuando pronuncio mi nombre imagino bosques oscuros donde se yerguen árboles desgastados por un aire gélido que cuelga de sus ramas carámbanos de hielo y resplandor de tormenta.
¿Recuerdas? Hubo un tiempo en que amaste y te amaron, con una pasión que solo procura la juventud. Amar con el alma despreocupada y la risa; amar por amar sin razones, sin imaginar principio ni fin, sin esquinas ni filo de navaja. Amar porque sí, porque te lo entregan todo: el aire y la luz del día, el pan y el calor de la noche. Luego, todo lo envilece el deseo… No el deseo carnal, inocuo y frágil, sino el deseo de avanzar sin detenerse hasta el punto y final de la Soberbia y la Avaricia, confundidas con el ansia de Gloria. Sacrificando la vida y el alma, para perderlas, como agua en un canasto, chorreando ideales y sueños en el transcurrir de los días y los años.

Madre: *citlalli, tlahualli*, cantabas, y mecías mi cuna. También reías, a veces, porque él te quería, pero tú eras una niña al lado de un hombre que había dejado su corazón guardado en un cofre y luego tiró la llave al mar.

Padre: ella te amaba porque eras su enemigo pero comías de su mano. Nunca hubiera renunciado a ti si hubieras vuelto a buscarla. En lugar de eso, regresaste casado y le diste a ella otro hombre. Poco tardaste en volver con una nueva esposa noble y pálida que no amabas en absoluto. Por eso dejó que me arrancaras de su lado. Cortaste la única flor de su jardín para dejarla en el fondo de tu vaso de agua. Había que olvidar y cerrar la puerta.

Madre: ¿recuerdas las palabras que deslizabas en sus oídos cada amanecer?: *tlazotlaliztli, notlazohtlaliz*… palabras de amor en tu dulce lengua y que él repetía, saboreándolas como suyas porque era tu dueño… *xochitl, amapoxochitl*…

Padre: tenías un jardín florido y no reparaste en su hermosura, tenías una fuente clara y no bebiste de su agua fría. Pero todo eso ya pasó. Hoy es mi boda y visto el velo blanco. Protégeme con tu bendición y dame la enhorabuena.

Madre: *Tecuichpo Ixcaxochitzin*, flor de algodón, reina de las flores, principio de mi vida, dame también tu bendición desde tu *ilhuicatl*, ampara y guía mi camino *in hac lacrimarum valle.*

LEONOR CORTÉS MOCTEZUMA
Nochistlán, Jalisco. A treinta de Abril de 1550



Dibujo de JUAN CARLOS POLO

Manuel Megia

ALGUNOS COCHES EN MI VIDA

A mediados de la década de los 50 del siglo pasado, empezaron a llegar a España y concretamente a la «Base Aérea conjunta Hispano-Norteamericana de Torrejón de Ardoz» –cercana a Madrid– militares y –supongo que también algunos civiles– norteamericanos o estadounidenses, como se solía decir entonces.

Algunos de estos militares y en mayor número civiles –me parece– se instalaron con sus familias en unos chalets de reciente construcción situados en una bocacalle (conocida –como no podía ser de otra manera– como la «calle de los americanos») que desembocaba en la calle en la que se encontraba nuestra casa y, por ello, veíamos pasar con frecuencia por delante de nuestra puerta del jardín «los coches de los americanos».

Los coches eran ***Chevrolet***, ***Cadillac***, ***Studebaker***, ***Pontiac*** y supongo que otras marcas de prestigio en el momento en Estados Unidos, aunque poco conocidas para nosotros en España. No recuerdo, sin embargo, ningún Ford; puede que esa marca fuera más popular y, por tanto, no resultaba atractiva para gente a la que había que compensar por estar desplazada a un país extranjero.

Para nosotros los coches resultaban des–lumbrantes, muchos de ellos eran descapotables o –como luego aprenderíamos en las películas y novelas policiacas del momento– convertibles. De todas formas nosotros, los niños, y también los adultos –creo– nos solíamos referir a ellos como «haigas», que venía a ser sinónimo de coche lujoso, grande y con frecuencia descapotable.

Creo que algunas de las familias tenían dos coches, lo que era absolutamente sorprendente para nosotros en la época, y conducían tanto el marido como la mujer; si tenían hijos, estos solían ser niños o adolescentes, pero no estaban aún en edad de conducir. Lo que sí tenían los niños eran unas bicicletas de alta tecnología –a nuestros ojos–, pero eso sería otra historia…

Un modelo de coche que me llamaba mucho la atención era el conocido como «rubia», una ranchera con la carrocería de los laterales y la parte trasera de madera barnizada en color miel, de ahí el nombre.

Por acabar con los «coches de los americanos» mencionaré que recuerdo que mi padre me ilustró con una receta para deducir si un «haiga» era un coche de los americanos: se trataba de fijarse en si la matrícula era M110.XXX; se ve que se

había asignado esa decena de millar para matricular, con los requisitos que fueran necesarios, los vehículos de nuestros aliados, facilitando así los controles de importación los cuales –supongo– en aquellos años debían de ser muy estrictos…

(continuará… ¿o no?)



Cadillac



Chevrolet



Pontiac



Studebaker

Gerardo Romero

ENTREVISTA AL INVIERNO QUE SE ACERCA

- Hola, buenos días, invierno.

I. Buenos días, según y cómo.

- Le observo poco abrigado para lo que se supone de un tiempo frío.

I. Recuerde que fue usted quien me convocó con tanto adelanto; nadie esperaría que yo me presentara antes de diciembre. Y, por cierto, veo en sus notas que escribe mi nombre con minúscula.

- Como nombre común que es.

I. Entonces ¿cómo me distinguirá del invierno pasado o del de Filomena en Madrid? Como usted sabrá, nuestro nacimiento, el de todos los inviernos, proviene de una división del año en cuatro estaciones y nos sucedemos cronológicamente en un ciclo que marca el calendario. Pero bueno, usted es quien pregunta.

- Aun así, empiezo a presentir que este Invierno viene cargadito de imprevistos… y una cierta brusquedad.

I. No se fíe de las apariencias. Por mucho que ustedes se empeñen, el invierno con minúscula, típico, normal o medio no existe. Por esa misma razón, el español medio sería más mujer que hombre, con una altura de 163 cm o 174 cm, de entre los 45 y 49 años de edad y con trabajo conocido y salario anual de 28.000 euros. Y, en fin, busque, busque a ver si lo encuentra.

- Me habla como un elemento racional y me desconcierta. El invierno empieza y termina en fechas fijas, entonces ¿cuál va a ser su comportamiento entre esas fechas?

I. Si quiere ir al grano, vamos. Yo, Invierno, prefiero escribir mi historia día a día, lugar a lugar. Todos los inviernos somos como hermanos y me pareceré al de Italia y al de Francia; seguiremos un patrón muy parecido…

- ¿Y qué me dice de Portugal?

I. ¿Acaso no hay hermanos gemelos?

- Veo que con sus divagaciones y a lo largo de los años ha conseguido contagiar a los pronosticadores del tiempo; ¿acaso quiere significarse como un Invierno atípico, diferente? Recuerde que la entrevista no debe sobrepasar un folio.

I. Presiento que no soy de su interés. Todos somos elementos en la misma naturaleza, de frágil memoria, no sabemos vivir los unos sin los otros… Soy un elemento con alma y sensibilidad. Ustedes ya se han olvidado de la Dana de Valencia y nosotros seguiremos llorando, de los fuegos extraordinarios y nosotros seguiremos enfadándonos, se han olvidado de sostener el medio ambiente y yo seguiré enfriándolo allá donde me toque para que usted pueda volver a escribir como en el número 3 aquella cursilería de «Ya cae la nieve. Ya llegó el frío. Ya dejó su manto». No se olvide, siempre volvemos y llegará la primavera y se creerán eternos. Espero que disfrute de mí y nos volveremos a ver el año que viene.

- Espere, espere, Invierno ¿va a ser muy frío o templado?

I. Lo siento, se le acabó el papel.

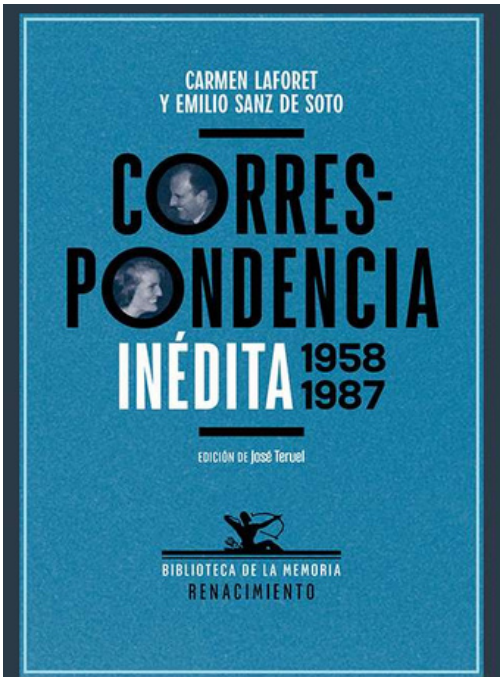


Fotografía de GERARDO ROMERO

PÁGINAS COMPARTIDAS

Diego Jiménez

LA INTIMIDAD EPISTOLAR COMO ESPEJO DE UNA GENERACIÓN



La publicación de *Correspondencia inédita 1958–1987* (2023) entre Carmen Laforet y Emilio Sanz de Soto revela una de esas joyas literarias que no solo iluminan la trayectoria de una autora esencial del siglo XX español, sino que también nos acercan a la textura humana –frágil, contradictoria, lúcida– de una época marcada por el silencio, el exilio interior y la búsqueda de autenticidad.

Este epistolario, que abarca casi tres décadas de amistad entre la autora de *Nada* y el escritor, crítico y cineasta gaditano Emilio Sanz de Soto, es mucho más que un intercambio de cartas: es el retrato en tiempo real de una relación basada en la complicidad intelectual y afectiva, pero también en la necesidad compartida de refugiarse en la escritura. A través de estas misivas, Laforet emerge con una voz más libre e introspectiva que la de sus novelas: habla de literatura, de viajes, de su fe, de la maternidad, de sus crisis personales y de su aislamiento progresivo frente a un mundo literario que sentía cada vez más ajeno.

La edición –cuidadosamente preparada por José Teruel, profesor honorario de Literatura Española de la Universidad Autónoma de Madrid–, contextualiza sin entorpecer y permite que las voces de los corresponsales se desplieguen con toda su naturalidad. La Carmen Laforet que encontramos aquí no es la figura distante del canon, sino una mujer que duda, que se cuestiona, que se ríe, que se agota, que se resiste a la instrumentalización pública de su figura. La correspondencia, en ese sentido, actúa como contracampo de su obra narrativa y también como testimonio de una voluntad de honestidad que se volvió, para ella, casi una forma de resistencia.

Por su parte, Sanz de Soto es mucho más que un mero interlocutor: es un interlocutor atento, a ratos divertido, otras veces profundamente empático, cuya voz permite

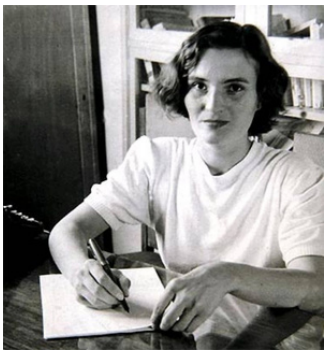
entender mejor el vínculo tan especial que los unía. Aunque sus cartas ocupan menos espacio, son clave para entender la evolución de la relación, marcada por una distancia geográfica –él en Tánger la mayor parte del tiempo; ella entre Madrid y sus múltiples desplazamientos (Roma, Santander, etc.)– pero también por una cercanía emocional inquebrantable.

Lejos de ser un documento solo para estudiosos, *Correspondencia inédita 1958–1987* es una lectura profundamente literaria. No solo porque está escrita con una espontaneidad y un estilo que a menudo rozan lo novelesco, sino porque nos recuerda que detrás de las grandes obras siempre hay una vida –una voz– que busca decirse más allá del arte.

Este epistolario es, en suma, un libro que conmueve sin sentimentalismos y que enriquece –desde la intimidad– la comprensión de dos de las figuras más singulares de la cultura española contemporánea.



EMILIO SANZ DE SOTO



CARMEN LAFORET



«SI HAY UN LIBRO QUE REALMENTE QUIERES LEER PERO AÚN NO SE HA ESCRITO, ENTONCES DEBES ESCRIBIRLO»

Toni Morrison